

## MEMORIA DE UN ESCRITOR

### MARIANO OSPINA RODRIGUEZ

Por HORACIO BEJARANO DIAZ

Nacido en Guasca el 9 de octubre de 1805 y muerto en Medellín el 11 de febrero de 1885 fue durante sus ochenta años testigo de la época gloriosa de nuestra independencia y actor de primera línea en la laboriosa gestación de Colombia como nación civilizada. Presidente de la Confederación Granadina y jefe de su partido, su vida pública que empezó con la participación que tuvo en la Conspiración del 25 de septiembre contra el Libertador, en la que tomó parte no por interés o por ambición sino por el impulso generoso de libertad que animaba en su espíritu juvenil, fue una verdadera odisea a la que estuvo sometido con todos los avatares de la época. Odiado por sus enemigos y amado por sus correligionarios, exaltado a las altas posiciones, preso, perseguido y desterrado, siempre supo ser grande y su figura severa que el tiempo ha sabido perfilar aparece ahora con sus verdaderas dimensiones de estadista, de político, de filósofo y de escritor.

Fueron no comunes los conocimientos de don Mariano. Su poderosa mentalidad se nos revela no sólo en la estela luminosa que fue su cátedra de derecho constitucional y administrativo sino en la obra que como convencido de sus ideas quiso realizar para bien de su patria, pero que los tiempos adversos a ellas dejaron trunca. Como literato no nos quedó de su pluma una obra fundamental, pero por sus ensayos y artículos sueltos podemos muy bien colocarlo entre los grandes de nuestra literatura. Don José María Samper rectificando juicios anteriores sobre Don Mariano, cuando los odios políticos obnubilaban su mente, escribía de él en 1880. "La extrema importancia del personaje político y el rigor inflexible de las doctrinas que ha profesado, han sido la causa de que muchos colombianos no estimen en su justo valor el inmenso y variadísimo saber del Doctor Mariano Ospina. Si no hubiera hecho carrera militante, si se hubiera preservado de las agitaciones y de los odios a que es tan ocasionada la política, sobre todo entre nosotros, hoy día viviría tranquilo y profundamente considerado por todos, sería el patriarca de nuestros sabios y filósofos, de nuestros eminentes escritores y pensadores clásicos y eruditos. Su sa-

ber es tan vasto y profundo como variado: él sabe de todo y todo lo sabe bien; es una biblioteca viviente y nada lo sorprende en el inmenso cúmulo de los conocimientos. Si la ciencia le dá una fuerza intelectual imponderable, su fe religiosa y su entereza de carácter le procuran una serenidad de alma que puede desafiar todas las tempestades y sobreponerse a todos los infortunios posibles. Tiene una voluntad de acero y toda la incorruptibilidad propia de las almas que no admiten transacciones con su conciencia”.

“El Repertorio Colombiano”, “La Civilización” y “El Porvenir” de Bogotá, “La Semana” de Guatemala, “La Sociedad”, “La Justicia” y “La Voz de Antioquia” de Medellín son los principales periódicos en que hallamos sus escritos que descuellan por la ironía, la claridad y la sencillez del lenguaje y por lo vigoroso del pensamiento; a estos periódicos cuyos artículos fueron coleccionados en un volumen de “Artículos Escogidos” editado en Medellín en 1884, lo mismo que a su epistolario, hay que recurrir para estudiar la obra literaria del Dr. Ospina Rodríguez.

Conocidísimos son su “Alegoría” de tema oriental y “La Muela” que es un modelo de ironía de buena ley. Historia documentada es su biografía del Doctor José Félix de Restrepo, cuyo capítulo segundo es la más bella descripción que del Valle de Medellín se ha hecho, igualada sólo por la de Tomás Carrasquilla; ternura sin igual, sentido cristiano y filosófico de la vida se derrama en su “Carta a la Señorita María Josefa Ospina, la víspera de su matrimonio”. Grande erudición hallamos en sus ensayos “Los Israelitas y los Antioqueños”; “La Instrucción Pública y la Libertad de Enseñanza”, “La Guerra” y “Manual del Cultivo del Café” y crítica sana en “El Lujo” y observaciones agudas sobre economía política en sus “Opiniones de Pedro Grillo”.

A pesar de la gran facilidad de su pluma, no la dejaba correr sino después de larga meditación y en la redacción cuidó siempre más de hacerse comprender por la claridad y llaneza de la expresión, por la lógica y sólida construcción del discurso que de las galas retóricas. Esto hace que muchos escritos pierdan en elegancia lo que ganan en concisión y como sus lecturas en idiomas extranjeros, francés o inglés sobre todo, eran frecuentes, no es extraño en sus artículos el uso del “que” galicado.

En el siguiente pasaje de “Alegoría” podemos apreciar la fuerza descriptiva y la sutil observación psicológica:

“Dirigíase del Farsistán a la Meca, por el vasto desierto de Nebjed, una rica y numerosa caravana.

“Acosada de la sed, detúvose en un angosto y desolado valle, a la vista de una antigua palma, único resto de la alta vegetación que siglos atrás había dado sombra a una cisterna que a su pie se conservaba. Aquel pozo, casi agotado, daba agua, y aquella palma alimento y vestido a un anciano derviche, que separado y olvidado del resto de los hombres, hacía cincuenta años habitaba una caverna que allí cerca había.

“Ya el hombre de Haven-Hair se había borrado en la memoria de los hijos de su tribu.

“Cuando la caravana se detuvo al frente de su cueva, el anciano estaba sentado a la puerta; una túnica de paja le cubría parte de su cuerpo; su espesa y blanca barba se extendía sobre su pecho, y el viento del desierto sacudía los escasos cabellos que circundaban todavía su cabeza venerable. Vió llegar a la tumultuosa comitiva sin moverse y continuó en silenciosa meditación.

“Agita a todos los hombres, y más que a todos a las jóvenes doncellas, un secreto y misterioso deseo de conocer su porvenir; imaginanse que él ha de estar escrito en alguna parte, que hay alguno que lo sabe. En las estrellas, en la forma caprichosa de las nubes, en la confusión de los sueños, en el silbar del viento, en todo lo que es incierto y vago, parece que se oculta algún indicio de este oscuro porvenir”.

Después de narrar en “La Muela” el hallazgo por un campesino de tal pieza perteneciente a un mastodonte y la natural sorpresa de los grandes del pueblecito sabanero, nos refiere con ironía la opinión del maestro de escuela, así:

“Ocurrióseles entonces pesar la muela, y puesta en las balanzas de la tienda, pesó 9 libras y 6 onzas. Ya tenemos un dato dijo el maestro de escuela, emitiendo una especie de rebuzno medio articulado (tal vez quiso pronunciar una frase alemana); aquel sonido sorprendió al respetable público, lo que excitó una sonrisa de satisfacción en el dómine, quien con la majestad de la ciencia que se cierne sobre la humanidad, continuó así: ustedes no me comprenden, quería decir que en un libro, que pudiéramos llamar la citología prusiana, se dice que una muela común de un hombre adulto pesa, por término medio, una y media ochavas; y como en la naturaleza todo está hecho con peso y medida, fácil es conocer el tamaño y peso del individuo a quien perteneció esta muela. Sacó un lápiz del bolsillo, y para poder escribir se quitó los anteojos, no para ver sino para que no lo vieran, porque él no era prósbita ni miope, sino tuerto del ojo derecho. En una vuelta de carta y sobre el mostrador ejecutó una serie de operaciones aritméticas que lo condujeron a los resultados siguientes:

“1º — Si un hombre cuya muela pesa una y media ochavas (o sean 5 grms. 859 ctgs.) tiene, por término medio, un metro y 684 milímetros de altura, el que tenía una muela de 9 libras y 6 onzas, debía tener 1010 metros y 17 centímetros de talla;

“2º — Si un hombre de talla mediana, es decir, de un metro y 684 milímetros, pesa, por término medio, 55 kilogramos (o sean 110 libras) el gigante que tenía una talla de 1010 metros, debía pesar 32,900 kilogramos, o sean 658 quintales.

“Todos los circunstantes menearon la cabeza en señal de que negaban su asentimiento a los resultados del cálculo. Es verdad que todos habían aceptado los gigantes, y reconocido la muela como muela de gigante; pero eran gigantes razonables, gigantes como de 8 a 10 varas de altura y de 6 a 8 quintales de peso; pero estos gigantes resultados de la citología prusiana, gigantes de 1010 metros de talle y 658 quintales de peso, eso no era posible”.

En el siguiente cuadro, modelo de observación, nos pinta Don Mariano la situación moral del pueblo antioqueño en 1760:

“Eran los habitantes de esta aislada región profundamente católicos. La fe católica dominaba en absoluto en todos los ánimos, y la moral cristiana era la ley suprema. No se sospechaba siquiera que una teoría filosófica o política pudiera entrar en competencia con ella para dirigir las acciones en la vida pública o privada. Cumplíanse las leyes, se acataba y obedecía a las autoridades, se respetaba a las personas sus derechos y propiedades, porque el hacerlo era un estricto deber religioso que a nadie se le ocurría poner en duda. La sanción penal y la opinión pública eran fuerzas secundarias coadyuvantes que, en caso de contradicción, no habrían podido contrabalancear la ley suprema. Un hereje, un judío, un infiel, que nadie conocía de vista, eran seres monstruosos, cuyo contacto habría hecho horripilar a aquellos sinceros cristianos.

“Las prácticas religiosas primaban soberanamente en todas las ocupaciones serias. Las imponentes solemnidades del culto católico eran las únicas fiestas populares. Las recreaciones y espectáculos públicos eran accesorios de aquellas solemnidades, las cuales al mismo tiempo que elevaban y deleitaban las almas renovando las grandes y sublimes ideas de la eternidad, de la creación, de la redención, de la inmortalidad del espíritu humano, del juicio final, de los destinos futuros del hombre, atraían y reunían aquella población dispersa en los campos y en los bosques, y daban expansión y vuelo a los sentimientos simpáticos y civilizadores de sociabilidad, de familia y amistad.

“La instrucción religiosa no pasaba las lindes de lo más elemental del catecismo de la doctrina cristiana; pero como este pequeño y valiosísimo código encierra más ciencia ética y práctica que todas las filosofías antiguas y modernas, esa instrucción elemental, mamada con la leche de la madre, inculcada con fervorosa asiduidad desde la cuna, fortalecida con el ejemplo diario, bastaba para formar una generación sinceramente piadosa, hombres de bien a carta cabal, mujeres escrupulosamente horadas y modestas.

“El acatamiento profundo a la autoridad paterna, el cumplimiento religioso de la palabra comprometida, la inviolable veracidad del juramento, el respeto a la propiedad, el horror invencible a los actos que acarrearán la infamia, la piadosa compasión al desdichado, un sentimiento modesto pero firme e incontestable de dignidad personal, aun bajo la opresiva mano de la pobreza, constituían el fondo moral de aquella iliterata y sincera población.

“La beodez, que hoy nos aflige y alarma, era escasa en aquella época. Un beodo consuetudinario era visto con la mortificante lástima con que se mira a un loco dañino e incurable; su compañía y su presencia eran evitadas como las de un lazarinero.

“Los grandes crímenes eran raros. No obstante la severidad de la antigua legislación española, la concienzuda diligencia con que se averiguaban los delitos y se perseguía a los grandes delincuentes, y la inflexible firmeza con que se les juzgaba, el último suplicio de un reo no ocurría sino muy de tarde en tarde. La noticia de la ejecución con todas sus circunstancias iba de boca en boca hasta el último rincón de las montañas, corroborando en todos los ánimos el horror al crimen.

“Un suicidio voluntario, y debieron ser rarísimos los que en aquellos tiempos ocurrieron, era un acontecimiento tan horroroso, que su memoria se transmitía con espanto de generación en generación.

“El demonio de la política, que divide las familias, que siembra y cultiva la desconfianza, el odio y el rencor entre región y región, entre pueblo y pueblo, entre hogar y hogar; que envenena las dulzuras de la vida privada, que mantiene todos los ánimos en estado de constante inquietud y alarma, que turba y paraliza los negocios, y haciendo inseguro el fruto del capital y del trabajo aleja del país la inmigración de caudales, de capacidades y de brazos útiles; el demonio de la política, que embota los más nobles y generosos sentimientos de la humanidad y hace brotar y crecer cuanto hay en ella de antipático y antisocial; que lanza a los campos de batalla no sólo a los hombres crueles y rapaces que se deleitan en derramar sangre humana y en arrebatar y destruir la propiedad ajena, sino hasta el labrador pacífico y honrado a quien horrorizan la matanza y el saqueo, para ir a dar la muerte a personas a quienes no conoce y que ningún mal le han hecho: que hace de la vida una continua y atormentadora pesadilla, y que ofrece en lo porvenir un tenebroso caos de inseguridad e indescifrables escenas de persecuciones despiadadas y de luchas sangrientas, que horripilan al hombre previsor cuando piensa en la suerte de sus descendientes, el demonio de la política no turbó nunca el tranquilo y dulce sueño de aquellas inocentes generaciones, a quienes las preocupaciones ciegas de la actualidad están quizá dispuestas a compadecer!

“Los matrimonios, arreglados entre las familias como en los tiempos patriarcales, y contraídos en la flor de la juventud, eran más felices de lo que hoy pueden pensar los jóvenes de nuestra época. Según las relaciones de las familias, los niños desde la más tierna infancia conocían o sospechaban el enlace que les aguardaba, y empezaban desde entonces a contemplar con interés y con cariño a su futura esposa. La severidad de las costumbres impedía entre ellos relaciones peligrosas sin estorbar que se conocieran muy bien; por lo que debían ser muy raros los chascos de hallarse unidos por el matrimonio caracteres incompatibles no sospechados. La sencillez de la vida no conocía los obstáculos que hoy oponen a los matrimonios de simpatía las exigencias del lujo.

“La crianza de los hijos se hacía conforme a los instintos ciertos de la naturaleza. Cada madre era la nodriza de su hijo; no había entonces médicos ni charlatanes que suministraran pretextos a las mujeres desnaturalizadas para eludir el más tierno y natural de sus deberes; la alimentación de su hijo con la leche de sus pechos. El niño se criaba casi desnudo, como la suavidad del clima lo permitía, sin fajas ni envolturas que comprometen con frecuencia su salud, su robustez y la elegancia de sus formas crecía al sol y al aire libre, y desde temprano se habituaba a trepar las cuevas, penetrar en los bosques, salvar los torrentes y atravesar a nado los ríos.

“Con excepción de las personas adultas de las pocas familias ricas y sedentarias que habitaban constantemente en Medellín, Antioquia o Rionegro, hombres y mujeres de toda raza y categoría andaban

descalzos. En aquellas poblaciones usaban los hombres la chaqueta y la capa españolas, más bien como adorno que como abrigo; en los pueblos y en los campos no llevaban otro vestido que el pantalón, la camisa y una ruana estrecha y larga en forma de casulla, que se llamaba **Capisayo**; sombrero de fieltro o de paja, y pendiente de una correa que cruzaba por el hombro, un saco de piel que se denominaba **Carriel**, en el cual se llevaba todo lo que en otras partes se acostumbra llevar en los bolsillos del vestido; el uso de esta pieza se acostumbra todavía. Todo hombre adulto, fuera de las ciudades y villas, llevaba al cinto un machete, y toda persona, en todas partes, un rosario al cuello, más o menos lujoso, según la riqueza del individuo. Las mujeres vestían la basquiña, el chupetín y la mantilla española; pero en el campo llevaban una montera de paño con un apéndice caudal que cubría hasta la mitad de la espalda, y prescindían entonces del chupetín y la mantilla. El cabello recogido sobre la parte posterior de la cabeza formaba una sola trenza colgante. Todas las familias ricas o acomodadas tenían vestidos de lujo a la usanza española, que sólo salían de las cajas a relucir en las funciones solemnes, religiosas o domésticas”.

Otra de las facetas del Doctor Ospina que cabe muy bien destacar aquí es su obra como formador de juventudes. Entre los cince-ladores de las generaciones del siglo pasado ocupa él un lugar pre-eminentemente. Desde los veintidos años se dedicó a la cátedra y su vida como hombre público la puso al servicio de la educación de la juventud, ya combatiendo en el parlamento las reformas jacobinas que querían una patria sin Dios, otra enseñando la filosofía espiritualista para combatir el utilitarismo y el sensualismo de que estaba saturada la enseñanza, bien propugnando por el regreso de la Compañía de Jesús, expulsada por Carlos III desde 1767, regreso que consiguió en 1844, en 1858 y definitivamente un año antes de su muerte en 1884.

En Bogotá, en Medellín y en Fredonia su nombre ha quedado vinculado a la formación de nuestra cultura. Antioquia lo considera como uno de sus grandes maestros; su plan de estudios de 1842 representa uno de los avances más positivos de la educación en el siglo pasado y es uno de los precursores de la educación vocacional y de lo que hace años se llamó la cultura aldeana.

Queda así pergeñada la obra de Don Mariano Ospina Rodríguez como hombre de letras y como formador de juventudes. Tras ella aparece la voluntad férrea, la virtud sin eclipses, el talento elevado y la ilustración severa del hombre de fe, amante de su religión, de su patria y de sus ideas que halló en Antioquia un seguro asilo donde como Ulises, después de largas aventuras, pudo morir tranquilo, olvidado de bienes y de males y la vista en alto buscando el premio de su cristiana existencia.